

GR11

Radomir Sevillano

<http://www.telefonica.net/web/ideasmuertas>

Introducción

A lo largo del último año, mi vida ha estado sometida a muchos cambios académicos, laborales y personales, lo que desencadenó en mucho estrés e incluso en una enfermedad. Tampoco quiero entrar en detalles, pero cuando me hablaron mis amigos de esta ruta, pensé que sería la mejor forma de desconectar de un año complejo, lleno de cambios y derrotas.

El Camino de Santiago, ya fue un intento de hacer lo mismo y en cierto sentido ayudó, pero tenía una serie de limitaciones. Siempre había alguien para ayudarte, alguien con quien hablar. No había una completa soledad donde te pudieras enfrentar a tus demonios, donde el miedo fuera la tónica principal de todo. Nunca antes había dormido yo solo en el bosque y pensé que esta sería una buena oportunidad para ponerme a prueba y así, superar otras cosas que deberían volverse triviales.

El GR11 ofrecía esa oportunidad. Una ruta no muy transitada, de alta montaña, peligrosa y llena de incertidumbres. Por lo que decidí comprar material, asesorarme con mis expertos amigos y partir a solas, ya que nadie podía.

Por un lado, pensé que así sería mejor, pero por otro, temía no poder terminar, aburrirme (como ya me ocurriera en el Camino de Santiago) o sencillamente tener un accidente del que no podría salvarme yo solo.

Esto último, tampoco es que fuera lo que más me preocupaba, porque tengo un carácter algo inconsciente de “yo puedo con todo”. Pero no dejó de ser cabezonería irracional que preocupó a mi familia necesariamente.

Sin embargo, cuando estaba con tantos problemas en la cabeza los meses anteriores, pensé que era la única forma de solucionarlos, de despejar mi mente de tantos líos en los que me había metido yo solito, por no haber sido más implacable, más egoísta o más decidido con temas del pasado.

Por seguir dejándome usar por personas que únicamente se acuerdan de mí cuando necesitan hablar, cuando buscan trabajo o cuando se aburren y sus fantásticas amistades han demostrado no serlo tanto...

Por lo que partí hacia este viaje, pensando que duraría un mes, que me cambiaría definitivamente y que supondría un antes y un después en mi vida.

3 de Julio

Tras varios días despidiéndome de las mismas personas y retrasar mi viaje por desidia o aferrarme a vagas esperanzas, parto hacia Irún cagado de miedo.

Será la primera vez que duerma sólo en la montaña.

Luis me ha prevenido contra los osos, las víboras áspid, los perros salvajes, las tormentas eléctricas, los repentinos torrentes de agua, las diarreas por culpa de agua estancada o contaminada por un animal muerto, los derrumbamientos de rocas y mil cositas más.

Como si fueran los últimos días de mi vida, me he atiborrado estos días con amigos glotones, he intentado atar cabos sueltos en la universidad y otros curros y me he gastado una pasta en material de montaña.

He comprado zapatillas de trekking (algo mixto con suela de bota de montaña, gore-tex y redecilla como la de las deportivas normales. La tontería ha costado 90 € (120 si no hubiera descuento).

También he comprado pantalones de trekking por 70 € (y eran los más baratos). Son elásticos, impermeables y supuestamente transpiran bien. Los había con gore-tex e incluso kevlar (yo flipo).

Pensaba comprarme un machete malayo para mi encuentro con el oso, pero me han disuadido, ya que si me encuentro con la Guardia Civil, me clavarían una multa más grande que si matara a alguien.

El miedo al oso (y otras criaturas del maligno) me ha llevado a coger un puñal muy afilado, que curiosamente ha pasado el control de rayos X de la estación de Chamartín.

Mi equipamiento trata de ser espartano, basándome en diversas webs y consejos de mi equipo asesor:

Tres gayumbos, 2 camisetas sin mangas, 4 pares de calcetines (2 gruesos, 2 finos), un forro polar, saco de invierno (quizás debí coger uno más ligero, pero las temperaturas pueden bajar mucho), funda de vivak (70 € la bolsita de plástico), esterilla, navaja multiusos (oxidada, el único daño que pudiera hacerle a mi enemigo sería provocarle tétanos), poncho, cuerda, un botiquín muy bien surtido (lo que más pesa, creo), el único capricho de mi vida, una Olympus E-400 (si me la cargo, me abro las venas con la multiusos), guía del GR11 con 47 mapas, el “nuevo testamento” (que ya llevara sin apenas leerme durante el Camino), gafas, gorro y este cuaderno.

Como alimentos, un bote de isostar en polvo y frutos secos (no me gustan, pero es lo mejor y a base de hambre terminaré adorándolos).

Como amuletos, una piedrecita azul que simboliza un ojo (regalo que me trajo Raquel desde Grecia), un medallón con una virgen (también me lo dio Raquel, para ella tiene mucho valor, por lo que he hecho cábalas para guardarlo en un sitio dónde no pueda perderlo). En el llavero llevo un amuleto de mi madre, que creo recordar es celta. Y eso que no creo en estas cosas. . .

En una hora llego a Irún, famosa región fronteriza por sus batallas históricas, los contrabandistas y cómo no, por los terroristas.

Me he acordado del fantástico libro de Baroja “Zalacaín el aventurero”.

Al pensar en los caseríos, he recordado a su vez “Cumbres Borrascosas” de Emily Brontë. La inolvidable historia de amor, odio, lucha de clases y espectros atormentado en los campos ingleses.

La curiosa forma de hablar de la chica que se sienta conmigo en el tren, me ha recordado a Nariné y cuánto me gustaba corregir su español con sumo interés por su parte.

Ahora toca olvidarme de ella y sus problemas, como los de tantos otros que únicamente me impiden seguir con mi vida.

Me voy a la montaña a olvidar, a enfrentarme al miedo y dolor reales, a despejar mi mente, superar otro reto (me pregunto cuántos llevo).

He estado varios días con un mal presentimiento, como si fuera a fracasar esta vez. Al fin y al cabo ha sido un año lleno de fracasos, un estrés que me ha provocado ictericia y casi siempre para nada.

Y de tanto estrés he pasado a una total desidia. En vez de prepararme el viaje, me he dedicado a ver películas y organizar entretenimientos para una persona. Un ciclo que se repite año tras año.

Es como si deseara fracasar, pero no es así. Llevo dos meses pensando que este estúpido viaje es lo único que me puede salvar ahora, ayudarme a centrarme.

Me he repetido (y a los pocos que han querido prestar atención a mis tonterías), que este viaje, esta montaña, han de suponer el cambio de todo o el fin de todo. Y soy muy tozudo;).

Llego a Irún, pregunto a uno de seguridad cómo se llega a la Ermita de San Martzial. Me empieza a hablar de las fantásticas vistas, de que hay un tasco allí mismo y hace el gesto de incar el codo. Aparte, me indica con bastante claridad cómo llegar.

Aún así, me pierdo y tengo que retroceder cuando tenía la ermita ya a la vista, pero no muy claro el camino que llevara a ella.

Tras no poco sudar, llego a la Ermita desde dónde se ve Irún, el mar y las fabulosas montañas de Euskadi. Tienen un país que no se lo merecen. . .

El contradictorio posicionamiento de las señales, con lo que pone en el mapa y la guía, hacen que me pierda otra vez, sin contar que no hago demasiado caso a la brújula.

Tras preguntar a un tío que corría por ahí (y mira que yo odio cuando todos los perdidos de Madrid me tienen que preguntar cuando yo salgo a correr) enfilo hacia el monte, pero al ver las señales la primera vez, tomo el GR11 en sentido inverso y me dirijo de nuevo a la Ermita (definitivamente, no coincide el mapa con la señalización).

Cambio de sentido y encuentro el refugio que alguien ha cerrado con llave, por lo que me tocará dormir a la intemperie con nubes poco agradables.

Encima, me quedo sin bebida y en ningún área de recreo encuentro una fuente, por lo que decido quedarme a dormir en una de esas áreas de recreo, secar el culo, darme crema y secar mi ropa.

Hoy no he andado mucho, pero tampoco quería pasarme y este es buen sitio para dormir.

La niebla me envuelve. Es una sensación inquietante, pero buen síntoma de que no lloverá (o eso creo).

Es mi primera noche en el bosque a solas. En cierto sentido, esto no es nada. En el cañón del río lobos dormimos habiendo improvisado un tejado con los ponchos y las esterillas. Cuando llegó la tormenta, nada aguantó y combatimos a empujones por los pocos huecos en que parecía no haber filtraciones.

A la mañana siguiente, no pude evitar romper a reír, cuando a Luis le dio una rabieta infantil y se puso a recriminar a Diego por haber sido el que menos se había mojado.

Ahora tengo funda de vivak y puedo meter la mochila bajo una mesa (o meterme yo, pero temo darme un buen golpe).

Será infinitamente peor en alta montaña, dónde el clima es mucho más variable y despiadado. Lo de hoy no es nada.

Veremos si los ruidos de la noche me dejan dormir. . .

4 de Julio

La noche ha sido infernal, entre los becerros de los caballos y otros ruidos, cada dos por tres se me ponía el pulso a 100 al oír gruñidos, pasos, olisqueos. Ya no sabía si era fruto de mi imaginación o realmente estaba ocurriendo.

Siempre que miraba, no veía nada, incluso me escondía bajo el saco pensando que así la criatura pasaría de largo y no me vería.

Era como cuando tenía miedos infantiles, sólo que aquí duermo con un machete al lado de mi cabeza.

Al final de la noche creo que pude dormirme.

Al levantarme, veo cómo varios caballos han invadido la zona de recreo y se me quedan mirando cuando me levanto.

Tras mucho caminar, llego a la presa de San Antón. La zona es preciosa y me recuerda los lagos de Polonia. Tenía intención de bañarme pero el tiempo no acompaña y creo recordar que había un cartel prohibiéndolo. Un sitio fabuloso en cualquier caso.

Sigo avanzando hasta llegar a Bera del Bidasoa. Una ciudad muy bonita con antiguas casas magníficamente conservadas. Algunas son verdaderas mansiones o palacetes.

Miro un par de sitios dónde comer. Son carísimos y todos los bares están cerrados. La Iglesia es muy curiosa, ascendiendo en las rocas. Al lado parece estar el ayuntamiento o algún edificio importante con fotos de etarras en las ventanas.

Me tomo una bolsa de plátanos deshidratados y me largo.

Está lloviendo y prefiero caminar. Sueño con que alguien vea mi cara agonizante y me de comida y alojamiento en un caserío. Pero termino improvisando una casita atando mi poncho a una valla y estirándolo con palitos que clavo en el suelo.

Pongo la mochila en una entrada, justo donde tendré la cabeza. Así si ataca un animal, lo tendrá más chungo o empezará por los pies, con lo que tendré una oportunidad de cortarlo en rodajas con el puñal que guardo cerca.

He decidido forzarme hoy para facilitar así el dormirme, por lo que he caminado hasta pasadas las 20:00.

5 de Julio

He dormido algo mejor, sin ruidos raros. Parece que el poncho-tejado ayuda a crear un efecto psicológico de seguridad, pero ha roto a llover y a pesar de mi avanzada construcción y de la funda de vivak, como me he movido mucho a lo largo de la noche, me he mojado bastante.

Ayer quemé casi todos mis calcetines por una zapatilla mojada, ya que tuve que cambiarlos varias veces para evitar que crecieran las ampollas.

Nuevamente me he quedado sin agua y al llegar a un río he potabilizado un litro que me he bebido de golpe y llenado otro litro, mezclándolo con isostar para matar el hambre.

Me he encontrado por primera vez a un tío que hacía el GR11. Me estaba sintiendo raro al no ver a nadie desde que salí.

Nos hemos quedado hablando un rato. Él ni se plantea hacer vivak. Demasiada aventura, según dice. Estuvimos de acuerdo en que los precios para comer eran criminales.

Tras bastante caminar, llego a Elizondo, primera ciudad Navarra. También hay pintadas de ETA en todas partes y algún cartelito sobre los presos, pero estoy tan calado que me la pela. Llego a un bar, pillo un bocata. Me lo zampo con avidez, pregunto por un albergue y resulta que hay varios.

Me voy al que me dice (el otro era para jóvenes) y me atiende una sudamericana. Le pido otro bocata (ahí me venció la gula) y ávido de vida social le pregunto que de dónde era, ella contesta que de Bolivia. Yo respondí que allí no había estado (soy un artista para comenzar conversaciones triviales).

Por fin me salió decirle que ahora su país era mucho más conocido. Con esto conseguí enterarme de que Evo Morales únicamente había hecho de bueno nacionalizar los hidrocarburos y que los precios se habían hasta triplicado. Y lo que más me llamó la atención, es que esta chica me dijera que Evo pretendía nacionalizar todas las viviendas.

Me largo a ver la ciudad, hasta pensaba tomarme un chato de vino, pero ningún bar me ha tentado.

Me he ido a ver la iglesia a escribir el diario, pero no me he centrado mucho al observar a la gente, intentar averiguar qué idioma hablan por ejemplo. Normalmente es castellano, pero creo que mezclan.

Me quedo hipnotizado viendo a tres niñas pequeñas tratando de quitarle el balón a un niño un poco más mayor. Un rato antes, este niño estaba con su padre tumbado y cuando pidió un deseo quiso un hámster, luego pasó a todo tipo de mascotas.

Me debe estar dando instinto paternal. Aunque a los otros niños más mayores que estaban jugando con el balón y globos de agua, los miraba con más recelo.

Tras la misa fúnebre, me he colado en la Iglesia. Había una pareja rezando que me ha mirado raro (claro, que yo iba con camiseta sin mangas).

El cura al entrar, me ha mirado, saludado y ha seguido su camino. Luego se ha puesto a cantar mientras cerraba la Iglesia (y cantaba bien, daba gusto oírle).

Los cantos del funeral, que pude escuchar desde fuera, también eran muy bonitos. Me he acordado de un pensamiento que tuve la primera noche, cuando estaba cagado de miedo con el corazón desbocado.

Se me repetía constantemente la escena del comienzo de la película “El Odio” en la que hablan de un tipo que salta desde un edificio de 50 pisos y se dice a sí mismo “hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien”, hasta que aterriza.

Es la misma metáfora. Ahí hablan de nuestra sociedad, que se está desintegrando, pero nos la sopla, porque no nos concierne excesivamente lo que le pase a los marginados. Hasta que un día, todo estalle.

Yo hacía lo mismo escondiéndome en mi saco. Si había un bicho peligroso cerca, necesariamente me olería, escucharía mi corazón desbocado y se acercaría a curiosear.

Tras mi momento Iglesia y tomar un par de fotos de esta bonita ciudad, me largo a encremarme el culo y acostarme.

En esta región todos los habitantes son hidalgos y el uso de las tierras comunales (en torno al 80%) lo decide una junta elegida democráticamente (no me extraña que defiendan sus fueros). También en la región del Baztán estuvo un tiempo el pretendiente Don Carlos, al que apoyaron vascos y navarros al defender sus fueros.

Decía Baroja (que era de Elizondo por cierto), que los vascos se oponían a todo, incluso a aquello que era bueno para ellos.

Don Carlos representaba lo más conservador y su ideología fue heredada por Franco más tarde. No deja de ser irónico. . .

6 de Julio

Qué bien he dormido, quizás 10 horas de un tirón. Cómo se valora una buena ducha y una cama mínimamente cómoda. Salgo a hacer una etapa en teoría corta, pero en la que ya alcanzaré alta montaña (por encima de los 1000m).

Avanzo por un paisaje que se parece a la tundra. Únicamente hay pastos, nieblas, viento y lluvia.

Mire a dónde mire, es siempre el mismo paisaje. Sería fácil perderse si no fuera porque está muy bien señalizado el GR11.

A poco que rozo helechos o piso un charco, se me mojan los pies. A pesar de ser zapatillas de Gore-Tex, es como si no lo tuviera. No solo se me cuece el pie a altas temperaturas, sino que se me moja a la primera.

Llevo cuatro días con los pies mojados y por más que cambio los calcetines, me salen ampollas y es inevitable. Voy a castrar a mis expertos asesores.

Yo tenía mis botas Gore-Tex, de caña alta, con las que me podía poner a bailar en los charcos y me dejé engañar por el tema de las ampollas.

Lo mejor está por llegar, bajando unas piedras resbalo, caigo de culo y el pie derecho que estaba a punto de apoyar en una piedra, se golpea fuertemente contra esta, provocándome un fuerte dolor en pie y tobillo.

Como no hay nadie en Kilómetros a la redonda grito como una nenaza por el intenso dolor, al no ver mi hombría comprometida.

Me asusto un poco. Sé que el tobillo no está roto, pero la pisada va a doler y no se cuánto. Estoy a dos días de camino de la siguiente localidad (Burguete) por lo que va a ser divertido.

Sigo avanzando, completamente mojado, dolido, con ampollas.

Continúo el itinerario, no veo por ninguna parte el “refugio guardado” indicado en el mapa. Soñaba con una chimenea donde secar pies y culo, donde tomar un cocido, pero nada.

Me pierdo un poco al haber dos rutas.

Termino en una cabaña cerrada sacando mapa y brújula para situarme.

Decido ir por la ruta que sigue la alambrada hasta la cumbre, pero solo veo cabañas de cazadores.

Desciendo por un frondoso bosque, veo una cabaña abierta con tres tíos dentro y les pregunto si eso es el refugio. Les comento que necesito secar la ropa y me dicen que hay chabolas (me encanta que usen esa palabra) más abajo. Al menos me ofrecen agua (me sobra).

Se excusan con que están de mudanzas. Me despido y continúo bajando. El siguiente refugio está cerrado y no hay donde hacer fuego. Me cago en ellos y sigo bajando.

Encuentro otra cabaña de cazadores, abierta, nueva, con madera seca y chimenea. Doy gracias a Dios y me dispongo a hacer fuego. Por el frío, los nervios, la falta de sentido común y experiencia, tardo bastante en encender el fuego temblando y sacrificio media vela.

Lo tengo todo mojado incluido el saco. Cuelgo la mochila, chubasquero, saco y pantalón con la esperanza de que se sequen con el calor. Pero la cabaña es muy alta y he de abrir la ventana para que el humo no me asfixie.

Me paso largo rato observando el fuego mientras cambio constantemente de posición mis calcetines y zapatillas.

Verdaderamente el fuego es hipnótico.

Pasadas varias horas, cuando ya me quería acostar, veo que el saco sigue calado, por lo que lo seco a marchas forzadas en la chimenea, tras calarme los pies al meterme en él.

No duermo bien. Lluve a cántaros, la cabaña hace mucho ruido y mi tobillo al enfriarse duele mucho más en cualquier postura.

7 de Julio

¡Viva San Fermín!

Me levanto y me entran mareos. No se si es por no haber tenido almohada o que me he cascado las espaldas.

Quizás porque ayer sólo comí unos croissants. Me preparo un isostar e intento tomarme unos frutos secos pero no me entran.

Las zapatillas se han secado al menos. Avanzo hacia Burguete entre paisajes que me recuerdan los de Heidi.

Al poco rato, tengo los pies otra vez calados, despellejados y dolidos por las ampollas que resurgen.

He visto la luz. No tiene sentido estar así todos los días, especialmente con la agonía nocturna del tobillo que ya pasé en el Camino de Santiago.

Tras ver con temor, nubes de tormenta, llego a Burguete, dónde la amable dueña de una casa rural, “olvida” mencionarme que hay un hostel mucho más barato y me encasqueta una habitación doble.

Para compensar, hago un uso apasionado del baño y salgo limpio en cuerpo y alma.

Me he tenido que quedar, porque no salen autobuses a Pamplona hasta mañana.

Cuenta la leyenda que un polaco cabrón se fue andando desde Burguete a Roncesvalles (tardando 30 minutos no más) bajo una fina lluvia para ver, al bien merecidamente muerto Roldán (por saqueador, violador, criminal viola monjas, vamos que por meterse donde no le llamaban) y asistir a la misa del peregrino.

Para rememorar así, cuando fue un peregrino descreído y gilipollas. Estuvo largo rato en la Iglesia (Nuevo Testamento en mano) contemplando a esos “peregrinos” hablando, haciendo fotos y vídeos, mientras se sucedía el sagrado rito.

Prueba irrefutable, de que buena parte de los que hacen el Camino son meros snobs, que ya no es que no entiendan, sino que ni siquiera respetan.

Como yo ya no era peregrino, deseé verles en la hoguera...

8 de Julio

Cojo el autobús hacia Pamplona. Subo con una familia árabe que charla amigablemente con el conductor. Juraría que fue el mismo que me llevó de Pamplona a Roncesvalles y que puso las canciones vascas que varios pasajeros se pusieron a cantar, cuando hice el Camino en 2007. Desgraciadamente, esta vez sólo puso Kiss FM.

Llego a Pamplona en plena efervescencia por las fiestas. Hay cientos de personas durmiendo en la estación, en los parques. Camino por la ciudad donde los precios son criminales y apesta a orina.

Me voy al otro extremo de la ciudad para ver si como bien. Me recomiendan un sitio que parece muy típico y donde hay Navarros cantando. Es lo primero que me ha gustado de esas fiestas, dónde lo único que parece hacer la gente es beber a lo bestia y poco más.

Porque, quizás en mi ignorancia, no veo otra cosa. Antes, me tragaba todos los encierros por las mañanas, mientras desayunaba. Duran un par de minutos y se acabó. El resto, por lo que pude ver mientras caminé por la ciudad, es beber hasta reventar y contemplar algunas jocosas bandas tocando y disfraces de cabezudos.

Pero la popularidad de esas fiestas, ha hecho que toda la gente ye ye del mundo, quiera venir a hacer lo mismo que en cualquier otro sitio, sólo para decir “yo estuve en San Fermín”, “¿y qué hiciste?”, “pues que voy a hacer, beber, pero mola más”, “am, tú si que molas tío”.

Tras hacerme toda la ciudad andando y satisfacer mi gula, me echo junto a los demás borrachos en la hierba para intentar descansar de los mareos y dolores.

Cojo por fin el autobús y consigo liar a Mari Carmen, David y compañía para que me recojan. El precio a pagar es echar una partida de la “Fuga de Colditz”. Los mareos no remiten y me acuesto hecho polvo sobre las 3 o 4 de la madrugada.

Conclusión

Mucho antes del viaje, pensaba con temor en la idea del fracaso. En que no aguantara el dolor, en que si fracasaba ahí, lo haría en todo lo demás. Me até a la idea absurda, de que un viaje así era lo que necesitaba para despertarme una vez más.

No faltaron las personas que creían saber todo sobre mí y que afirmaban que no me iría siquiera si no encontraba compañía. Siempre ha formado parte de la historia de mi vida, que la gente pretenda que todos sigamos sus actitudes, miedos o supuesto “sentido pragmático”.

Cuando ven a alguien que hará algo que ellos no se atreverían, necesitan necesariamente reafirmarse a base de convencerte que no lo conseguirás.

O puede que sencillamente sean personas bienintencionadas y objetivas. Nunca se sabe y hay excepciones para casi todo.

Y han sido muchas veces esas personas que pretendían cuantificar mis capacidades o mi voluntad, las que me han estimulado involuntariamente a hacerlo o al menos intentarlo (tampoco nos engañemos, uno no siempre consigue todo lo que se propone por mucho que lo intente).

También he tenido que oír varias veces, que estoy loco (esto, siempre mujeres). Y eso, por hacer cosas un poco fuera de la norma, como que no me importe un día coger el coche y largarme al otro lado de España o un avión e irme a algún lugar perdido de Europa.

Aprendí a base de sacrificar mil cosas con mi carrera, que ya no habría límites. Que si me apetecía algo, dejaría de condicionarme mi familia, el sentido común y otras cosas que únicamente limitan la felicidad y la consecución de logros personales (que no siempre profesionales).

He mandado a tomar por culo varias oportunidades magníficas de ganar dinero y garantizarme un futuro. Y he tenido que escuchar lógicas reprimendas de personas cercanas a quienes preocupan mis decisiones. Pero también (y esto es lo interesante), nuevamente de personas que están en una situación como la mía, pero que prefieren quejarse y “aguantar” a intentar probar algo nuevo.

Y eso es lo que entristece un poco. Siempre tengo que oír quejas, para luego corregir con “pero es así en todas partes” o, “lo que quiero es que me despidan”.

Son opciones perfectamente válidas, pero yo no comulgo con ellas y tampoco con la actitud de lamentarse y seguir en el mismo sitio.

Lo que la gente no ve, y sobre todo, lo que la gente no quiere ver, es que son libres, asquerosamente libres. Es una sensación al mismo tiempo maravillosa y opresora.

Oprime como nada, crea angustia, estrés, depresión. Te hace darte cuenta de que todas tus desgracias te las has buscado, de que has recogido lo que has sembrado. Por mucho que le echas la culpa a las circunstancias familiares, a haber nacido feo o guapo, si tienes un mínimo de inteligencia, sabes que es cierto, que has recogido lo que has sembrado, que hay personas que se sobreponen a sus circunstancias y otras que se recrean en ellas.

Muchos nacen esclavos, pero lo triste es, que a pesar de lamentarse de su esclavitud, cuando tienen la opción de ser libres, no la toman.

Viví recientemente un episodio parecido que inspiró un relato que escribí en una sola tarde.

Pero como este hay mil, porque cada vez que hablo con la gente, lo percibo. Todo son justificaciones, nunca autocríticas. Vivimos en el mejor de los mundos posibles y no queremos darnos cuenta. Sólo echarle la culpa a los demás. Y así la vida va pasando hasta que un día es demasiado tarde.

Por eso, cuando decidí volver, no me sentí frustrado. Me hubiera gustado terminar el viaje, pero no al precio de estar sufriendo todos los días, de aburrirme estando solo y reflexionando una y otra vez sobre los mismo temas.

Me doy cuenta, que no soy una persona que tenga que estar pensando demasiado, que lo mejor es vivir, hacer cosas, interactuar con el entorno. Y por mucho que seamos animales, nos comunica más un entorno humano, muchas veces hostil y siempre en constante cambio.

Me considero persona de acción, aunque perree más de lo aconsejable. Se que lo que me hace feliz, es estar siempre haciendo cosas, cambiando, probando, interactuando.

Por eso no puedo estar en un trabajo haciendo una vida insípida y monótona y el día que me vea obligado a hacerlo, sabré que estoy muerto y que mi vida carecerá de sentido, por muchas chucherías que me pueda comprar.

Otro de los motivos de mi vuelta, es que algo me decía que tenía que volver. Como si la montaña me lo transmitiera. No soy religioso, ni espiritual, pero en mi familia algunas veces había intuiciones muy fuertes.

Mi madre siempre supo cuando alguien cercano estaba a punto de morir, aunque estuviera a 3000Km y a mí me ocurren con frecuencia cosas parecidas. Todo puede ser casualidad, pero creí que la montaña me indicaba que volviera, que ese no era el camino.

Volví, pero nada había cambiado. Esperaba una respuesta de algunas personas, pero no había llegado. Luego ocurrieron un par de cosas y pensé que esas supondrían el cambio, pero fue una falsa alarma.

Así que tras sobrevivir unos días en el monte con algunas penurias, decidí ponerme a trabajar, que es lo que muchas veces más ayuda a centrarse en vez de tanta reflexión.

Todas esas personas de las que esperaba respuesta, al final han aparecido o aparecerán, pero en el momento más inconveniente y únicamente por interés. Siempre lo hacen. . . Para finalizar, decir, que el GR11 vale la pena. Es una fantástica jungla, unas montañas soberbias, ríos y lagos de ensueño. Es algo que tengo que hacer y terminar. Es el gran silencio, la soledad, la tranquilidad. Es un sitio para despertar la alegría de vivir.